Un Instituto de la Crisis

Por Francisco ROMERO.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

EN un artículo publicado hace poco en *La Nación* de Buenos Aires,[1] he iniciado unas consideraciones sobre la crisis actual, intentando fijar los grandes contornos del problema según yo lo entiendo, y dejando para artículos sucesivos tanto el desarrollo de algunos puntos enunciados allí con sumaria brevedad, como el examen de otros no apuntados en ese escrito. Dicho artículo, como su título —"Preámbulo sobre la crisis"— lo indica, tiene carácter proemial, y como tal se atiene a las líneas cardinales del tema, con el propósito de dibujar fronteras y señalar únicamente las pistas que me parecen más considerables y desatendidas.

Son ya muy copiosos los escritos que de un modo u otro tienen que ver con la crisis, sobre todo si se incluyen en ellos muchos que en el sentir de sus autores no llevan la intención de referirse a la actual situación crítica, pero que en realidad tocan cuestiones relacionadas con ella. Los estudios que de intento enfocan la crisis pueden distribuirse de muy diversas formas; en cuanto a esos otros aparentemente ajenos al tema, acaso po-

1 Número de 22 de noviembre de 1942.

drían dividirse en dos grupos: el de los que, refiriéndose en el fondo a la crisis, no aparecen pensados en relación con ella por no haber estado presente en la mente de los autores la idea de la crisis como vasto suceso mundial, y el de los que tratan asuntos que pueden tener significación autónoma, pero por algunos de sus costados también inciden en el proceso crítico. Tema vastísimo y multiforme, este de la crisis actual impone su estudio en la máxima amplitud y en la mayor profundidad, con un destaque ante todo, naturalmente, de los motivos más considerables y evidentes, pero también sin desdeñar nada de lo que en alguna manera pueda concurrir a integrar el cuadro general del problema, sin dejar a trasmano ningún presumible ingrediente, por muy remoto e insignificante que a primera vista parezca. Lo primero es reunir todos los datos del problema aún aquellos sobre los que apenas recaiga una leve presunción o sospecha. La valoración, el puesto y alcance de cada elemento, sólo podrán establecerse después de detenido examen y aún de larga discusión. Y así como interesa una completa y minuciosa recolección de los datos del problema, igualmente habrá que reunir, en una serie expositiva, descriptiva, neutral, las soluciones propuestas, así las que se dan a sí mismas como soluciones totales o parciales, como aquellos recursos políticos, sociales o económicos que, sin confesada referencia al asunto, puedan enlazarse con la crisis en alguna medida porque atienden a prevenir o corregir las consecuencias de la conmoción.

Tal tarea de recolección de documentos e informaciones no podrá hacerse en forma válida y suficiente sino por un centro ad-hoc, por un *Instituto de la Crisis,* que habrá que fundar en alguna parte, y que sin duda, se fundará cuando se advierta, más que su conveniencia, su necesidad urgente. No solamente esa faena sobrepasa las posibilidades de cualquier investigador solitario, sino que conviene se realice en un centro que se ponga a disposición de quien desee utilizar los materiales reunidos. La

base del *Instituto* ha de ser, pues, un archivo y biblioteca, donde se concentre y registre todo lo pertinente al tema, y se comunique después a los interesados mediante bibliografías, resúmenes y otros escritos que den cuenta en modo sistemático del contenido esencial; en pocas palabras, sería función principal del *Instituto* la movilización inteligente y eficaz de todo el material reunido, porque son ya muchos los que meditan, averiguan y escriben sobre la crisis, y nada ha de venirles mejor que un auxilio de este género.

La utilidad de un centro semejante, en atención al carácter del asunto, tangente por muchos puntos a las preocupaciones más vivas del instante, dependerá ante todo del equilibrio y discreción con que se planee y dirija. Ha de ser un centro de información e investigación, ajeno a cualquier bandería o partido tomado de antemano; el único punto de vista previo aceptable será el de la libre actitud teórica. El *Instituto* podrá —y aún deberá— ser un foco de indagaciones individuales, en las que cada uno seguirá la línea definida por sus convicciones o propensiones; pero esta labor de interpretaciones y estudios sometidos al criterio personal de cada autor habrá de separarse cuidadosamente, aunque se realice en el *Instituto,* como parte fundamental de sus actividades, de la función objetiva e impersonal del *Instituto* mismo, que, en cuanto tal, no será un órgano de opinión, sino de recolección, información y balance. La única opinión, como antes se ha indicado, que le será consustancial, porque es inseparable de todo normal trabajo de pensamiento, es la del derecho omnímodo al libre examen de los problemas, sin más preocupación que la de la verdad.

Los beneficios no se limitarían a las ventajas de acercar a cada estudioso de este vasto y complejo asunto una masa copiosa y organizada de informaciones y antecedentes. Aparte de constituir una fuente de datos y aún un foco de estudios proseguidos individualmente, pero con todas las facilidades que derivan de

la convivencia científica, la mera existencia de tal centro, en el cual, podría decirse, el problema se materializaría en los contornos visibles y precisos de una institución, vendría a dar al problema un cariz nuevo, como una nueva presencia más palpable y patente. Habría una incitación permanente que robustecería el interés donde ya existiera y lo suscitaría donde hubiera alguna predisposición. Alrededor del *Instituto* se promovería natural y espontáneamente la agrupación de cuantos estudiaran asuntos concernientes a la crisis misma o relacionados de algún modo con ella, y el *Instituto* provocaría la conexión entre estas personas, sin que fuera obstáculo la distancia geográfica ni aún la ideológica, con vistas al cambio de ideas, a la colaboración, a las varias maneras deseables de la relación intelectual.

Nótese que una de las características de este enorme problema es desgajarse en mil problemas parciales, cuya articulación no es claramente perceptible en todos los casos y está además entorpecida por el distinto plano en que esos planteos particulares ocurren. Y sin una integración que coordine adecuadamente en una síntesis superior tan varios elementos, el problema total no podrá aparecer con el planteo que le corresponde. Por lo común los estudiosos que han escrito sobre la crisis pertenecen a un determinado sector de la vida científica, y desde él la han enjuiciado y sentenciado. Y la orientación impuesta por la peculiaridad, habitualmente angosta, de la versación científica, se complica con la polarización ideológica de cada autor, dando lugar a enfoques sumamente personales. No ha de olvidarse, también, la conveniencia de hacer desembocar en el problema general algunas aportaciones que por su índole muy especial no suelen llegar a él, como ciertos resultados estadísticos indispensables para comprobar más de una hipótesis considerable, muchos de los cuales habrá que revisar o establecer de nuevo, o determinados aspectos psicológicos un tanto recónditos y controvertidos, que requieren nuevas aclaraciones.

Entre los datos del problema —que yo creo que es y será cada vez más el mayor problema de nuestro tiempo— figuran las cosas más heterogéneas. Enumeraré algunas, al correr de la máquina y sin preocupación alguna por el orden.

Las interrogaciones más vastas, acaso las fundamentales, versan sobre lo que puede denominarse la índole general, el ámbito y alcance de la crisis. ¿Es la actual crisis del hombre, de la civilización? ¿Es crisis del Occidente? ¿Es crisis de lo "moderno"? Aquí las respuestas suponen una investigación de historia de la cultura y de las ideas que, más allá de las singularidades cronológicas, aprehenda direcciones y sentidos, y de la cual hay apenas comienzos. El verdadero sentido histórico cuenta poco más de un siglo, y no se ha hecho carne todavía ni siquiera en muchos historiadores profesionales. El especialismo riguroso ha impedido la comprensión de conexiones esenciales. Cuestiones como la de la sucesión de épocas, la de las generaciones y otras tales, se miran todavía como curiosidades. Recuerdo de paso que, al parecer, un asunto capital, el de los tipos de influjo de una cultura sobre otra, ha sido examinado por primera vez por Spranger (*Probleme der Kulturmorphologie, 1936)*, en respuesta a la manera unilateral y dogmática con que funciona este argumento en Spengler.

Otro orden de averiguaciones recaería sobre las crisis ya ocurridas, para llegar a una fenomenología de las crisis, con una galería de tipos o modelos. Aquí sería necesario tomar en cuenta ante todo las formas de la estratificación social, para ver cómo ocurre la crisis en cada capa. Provisionalmente, podría decirse que, en cada caso, hay un grupo que vive conscientemente la crisis, la piensa además de sufrirla; otro más extenso que sólo la vive en modo más o menos confuso e inconsciente, y otro que recibe sus impulsos materialmente, ciegamente. Este problema de las "conciencias" de crisis me parece sobremanera importante y complicado y es parte de un problema histórico

general casi intacto. Todo ello, y aún el problema total de las crisis, deberá ser estudiado con recurrencia permanente a la cuestión de las concepciones del mundo (de la que es un capítulo la de las "ideologías"), para iluminar, en la concepción del mundo de cada instante y de cada capa o grupo, los elementos que entran en trance crítico y la medida en que entran.

Sin amontonar más detalles, ociosos en consideraciones tan ligeras y desconocidas como las presentes, queda claro, en mi opinión, que el tema de la crisis rebasa la capacidad de cualquier investigador, y exige el trabajo plural. Tanto más, cuanto que estoy convencido de que ni aún recopilando toda la información existente, dispondríamos de los materiales indispensables para un planteo correcto. De aquí una de las ocupaciones principales del *Instituto* propuesto: la de llevar al día una especie de balance que, al mismo tiempo, pusiera en evidencia lo existente y destacara las inseguridades y las carencias, como incentivo para suscitar estudios enderezados a rehacer lo dudoso y a colmar las lagunas. Lagunas que, por cierto, son anchas como mares; lagunas en las que de continuo se corre el peligro del naufragio si no se rellenan.